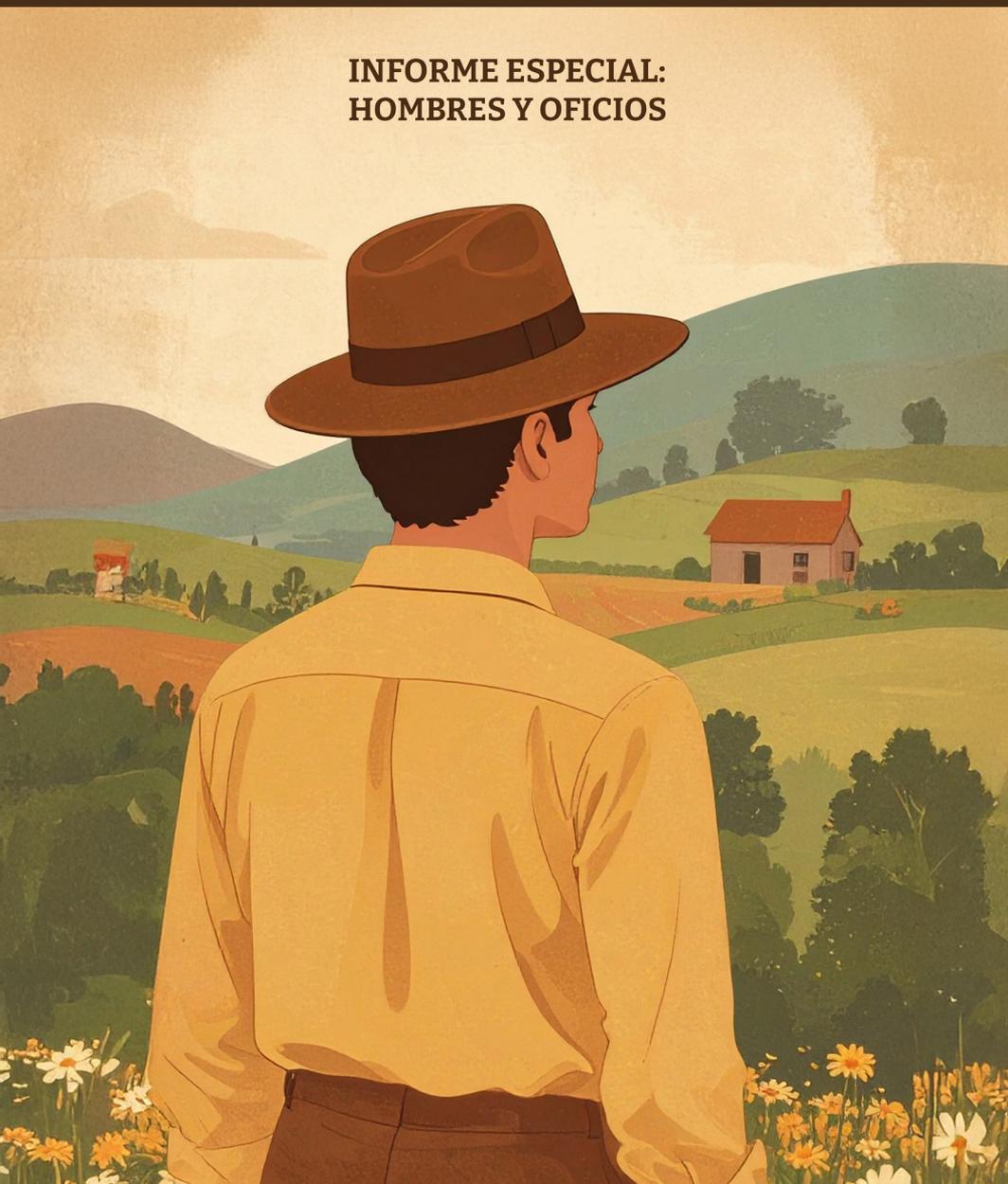


Conexión Zaquencipa

Estamos escribiendo nuestra historia

**INFORME ESPECIAL:
HOMBRES Y OFICIOS**



CONTENIDO

INFORME ESPECIAL: HOMBRES Y OFICIOS

| | |
|---|----|
| <u>Editorial</u> | 3 |
| <u>La urdimbre y la trama de un oficio</u> por Ricardo Rodríguez | 5 |
| <u>Manuel Sáenz, maestro de obra y de su propia vida</u> , por Ana María Echeverri | 10 |
| <u>Jesús, jardinero</u> por Fernando Baena Vejarano | 14 |
| <u>Ser hombre, entre el nombre y la herida</u> por Mónica Perea Esparragoza | 18 |
| <u>Mompita, el concejal compasivo</u> por Olga Lucía Riaño | 21 |
| <u>El campesino raquireño: una vida de labranza y sabiduría</u> , por Diego Castañeda | 24 |
| <u>El niño de la bicicleta</u> por Claudia Jaramillo | 28 |
| <u>Ulises, aserrador desde niño</u> por Mariana Guhl | 31 |
| <u>La gallina de los huevos de oro</u> por Fernando Cordovez | 34 |
| <u>Un poema para don Pedro Julio Parra Fino</u> por Jairo Barbosa | 36 |
| PUBLIRREPORTAJE | |
| <u>Colegio Nueva Era: Educar para Comprender y Transformar</u> | 39 |
| CUENTO | |
| <u>Vacío</u> por Juan Camilo Jaramillo | 42 |

EDITORIAL

Hombres de nuestra tierra: tradición, esfuerzo y familia

En esta edición nos proponemos destacar la vida y la labor de varios hombres de nuestro territorio que han forjado su existencia en torno a un oficio o actividad que ha enriquecido a la comunidad.

Al recorrer sus trayectorias nos adentramos en una cultura profundamente arraigada en la tierra, cuyo corazón es la familia y en la que las tradiciones religiosas y populares forman un patrimonio vivo que fortalece su identidad. En el Valle de Zaquencipa, al igual que en todo Boyacá, la tradición no es asunto del pasado, sino un soporte para el presente y, de alguna manera, un cimiento para el futuro.

Presentamos testimonios de fuerza cotidiana y de lucha constante por salir adelante en un entorno que, aunque lleno de desafíos, se enfrenta con fe y esperanza. La vida en el campo no es fácil: implica sacrificios, privaciones y un trabajo duro que muchas veces no recibe la recompensa que merece. Sin embargo, estos hombres llenos de vitalidad y buen humor son ejemplo de cómo la perseverancia y la dedicación pueden transformar las dificultades en oportunidades para construir un mejor porvenir para ellos y sus familias.

Estos personajes nacen en el seno de familias campesinas que creían en el valor del trabajo y la importancia de la unión familiar. Han crecido con la certeza de que la disciplina, la honestidad y el respeto son pilares fundamentales para alcanzar sus metas y dejar un legado duradero. Sin excepción, cada uno de ellos reconoce la importancia de las enseñanzas y los principios inculcados por sus mentores.

Esperamos que, a través de estas semblanzas y diálogos, los lectores puedan descubrir y reconocer en estos personajes a algunos de sus propios vecinos, y que encuentren en sus historias la esencia más pura del espíritu boyacense: noble, trabajador y profundamente conectado con sus raíces. 🌿

Director Fernando Cordovez

Editor Gustavo Mauricio García Arenas

Comité Editorial Ana María Echeverri, Arturo Bedregal

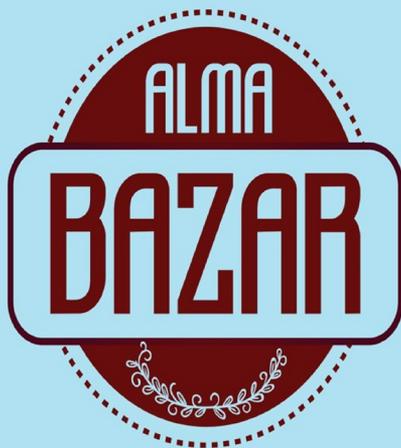
Revisión tipográfica Ángela García **Webmaster** Ana Arango

Diseñadora Juana María Mesa Gandur

Villa de Leyva, Alto Ricaurte, Boyacá

conexionzaquencipa@gmail.com

+57 310 7114270



*“Ser artesano es
dejar que el*

ALMA

*salga a la luz
transformada
en obra”.*

Parque Ricaurte, Villa de Leyva

📍 Carrera 9 # 15A-05

📷 @almabazar.villa

📞 3208732538

La urdimbre y la trama de un oficio

Por Ricardo Rodríguez

Siervo T. Espitia creció entre telares, pero nunca pensó que allí estaba cifrado su destino. Quería hacer otras cosas, pero a veces el destino jala los hilos con tanta fuerza que no hay quien se resista. Sus abuelos, tanto maternos como paternos, boyacenses todos, dedicaron sus vidas a las labores propias del campo, integrándolas con las artes manuales o «artesanas», al punto de que el abuelo paterno, Ruperto Espitia, rediseñó la enjalma para los animales de carga —esa especie de aparejo que se coloca a las bestias sobre el lomo para que no las lastime ni moleste—, y tal fue el éxito de su enjalma que todavía hoy día se sigue utilizando en Boyacá, Cundinamarca y parte de Santander. El padre de Siervo, por su parte, era conocido como «Don Moisa, el enjalmero mayor», apodo que le preferían algunos de sus amigos.

Siervo no pelea con las nuevas tecnologías del ramo porque cree que pueden coexistir con las prácticas tradicionales.



Siervo T. Espitia en su almacén de Villa de Leyva

Siervo nació en Gachantivá en 1968, pero se crio en Villa de Leyva, donde estudió la primaria y se recibió de bachiller en el colegio Itinar. Después se trasladó a Bogotá con el propósito de estudiar derecho internacional o comercio exterior, pero para ganarse la vida tuvo que trabajar de vendedor ambulante, instalador de pisos y alfombras y hasta montó una empresa de tejidos que no prosperó. Optó entonces por trasladarse a Villa de Leyva para montar un supermercado que, en sus propias palabras, fue un fracaso estruendoso. De modo que tuvo que replantearse de nuevo las

cosas y lo único que tenía a mano era la experiencia heredada de padres y abuelos. Como la necesidad es madre del ingenio, Siervo reutilizó unas boquilleras de madera que tenía, de las que se usan para allanar el pañete de cemento en la construcción, unas tablas más que compró a un carpintero, y con piezas que tomó de alguna maquinaria agrícola y con un rin, una cadena y unos piñones de bicicleta se dio a la tarea de construir un telar horizontal, que fue y sigue siendo la insignia de su empresa. Tras un periodo de prueba y error, Siervo pudo echar a andar su telar, con el que se dio a la fabricación de telas de algodón, inicialmente usadas para la fabricación de enjalmas, y que más tarde fueron rediseñadas e incorporadas para la confección de prendas de vestir como camibusos, ponchos, pantalones, camisas, chales, trajes y ruanas.

El telar, mientras la lanzadera va entrecruzando los hilos de la trama sobre la urdimbre, parece decir ta-fe-tán; ta-fe-tán.

Para darnos a conocer sus productos, Siervo no nos citó en su taller del Alto de los Migueles sino en su almacén de Villa de Leyva, llamado Creaciones Dora, en honor a su esposa (q.e.p.d.), en donde trabajan también sus hijos Daniel y Helen. Allá llegó él en su moto a la hora

acordada, y después de saludar a sus hijos, se puso a nuestra disposición para darnos a conocer algunos aspectos de su vida. De mediana estatura y complexión delgada, Siervo T. Espitia es expresivo con manos y ojos, y su voz, de un timbre suave y melodioso, mide las palabras para afinar las ideas. A pedido nuestro puso a trabajar su telar accionando pies y manos con un movimiento rítmico y armónico, digno de apreciar. Dice él que el telar, mientras la lanzadera va entrecruzando los hilos de la trama sobre la urdimbre, parece decir ta-fe tán; ta-fe-tán, tanto es así que ahora ha decidido rebautizar con este sonoro nombre su almacén, ante la ausencia de su esposa Dora, fallecida recientemente, y cuyo vacío se siente en la voz y la mirada de Siervo cuando habla de ella.

Deseoso de conocer el oficio que realizan los tejedores de otros lugares, Siervo viajó a Ecuador y Perú para ver con sus propios ojos cómo trabajan en esos países. Cuenta que aprendió nuevas técnicas y a la vez compartió su experiencia con sus colegas. Es, además, un gran admirador de la tradición indígena en el campo de los textiles de algodón, la conserva y ha buscado compartirla. Buscando capacitación en su oficio, Siervo tomó cursos de diseño en Tunja, gracias al concurso del Instituto de Cultura y Bellas Artes de Boyacá (ICBA) y el Sena, donde obtuvo el título de Técnico en Diseño, tras concluir tres años de estudios semipresenciales. Y como él mismo tiene vocación pedagógica, le gusta capacitarse y enseñar, y lo ha hecho

en varias oportunidades, aunque le gustaría ahondar más en esta disciplina y poder entregar a las nuevas generaciones su saber y su pericia, pero no ha sido tarea fácil. Un funcionario municipal le dijo en una ocasión que si él quería enseñar, tenía que pagar, algo que él buscaba que fuera gratuito para los alumnos, y «así no se puede», concluye él con toda razón. Y como no se cansa de aprender, Siervo toma ahora clases de marroquinería e inglés para seguir progresando en su oficio.

Deseoso de conocer el oficio que realizan los tejedores de otros lugares, Siervo viajó a Ecuador y Perú para ver con sus propios ojos cómo trabajan en esos países.

Siervo no pelea con las nuevas tecnologías del ramo porque cree que pueden coexistir con las prácticas tradicionales, que son la raíz del oficio, pero ve en el empuje del mercado una amenaza para la sobrevivencia de los saberes ancestrales. Habrá quien diga que es el espíritu de los tiempos que busca arrasar con todo, pero también existen personas como él que creen en el valor de la tradición y en el respeto al trabajo de los mayores, y que perseveran en sus oficios artesanales con devoción y entrega.

En su taller produce también artículos de lana, como tapetes, cobijas,

ruanas y gualdrapas, pero Siervo considera que lo verdaderamente tradicional de la región es el algodón, ya que la lana fue introducida por los españoles en tiempos de la Colonia. El algodón que cultivaban los muiscas y que trabajaban en la elaboración de todo tipo de textiles. Ellos desarrollaron unas técnicas que el mito le ha atribuido a Bochica, como introductor de estos saberes, y los han mantenido a lo largo del tiempo. Además, los indígenas de estas tierras cultivaban el algodono, que es una planta perenne que tiene una fibra más larga y resistente y se da en climas templados, diferente del mismo algodón, que es típico de las tierras cálidas. Pero con la competencia de los productos extranjeros que propició la apertura económica, la producción de algodono se redujo notablemente, casi hasta la extinción, pero que él promueve gracias a unas semillas que aún conserva. Ahora Siervo trabaja con hilos provenientes de Asia, principalmente de India, Pakistán, China e Indonesia.

Trabajo de familia que perdura en la familia, Siervo también ha incursionado en el trabajo compartido con otros tejedores, hombres y mujeres, pero el ascenso incontenible de los cánones de arrendamiento en el municipio entorpeció el proyecto que tenían en un local de la «calle caliente», generando malestar y división entre los compañeros. En 1998, cuando Siervo conoció al señor Rafael Franco, dueño del local donde funciona desde entonces el almacén de los Espitia en Villa de Leyva (carrera 10 con calle 10), el

sector se encontraba en las márgenes del circuito comercial y turístico de Villa de Leyva. Ahora, sin embargo, la tienda se halla plenamente integrada a la vida cultural del municipio. Y como un atractivo adicional al surtido de prendas que tiene el almacén, es posible apreciar el encanto del telar construido por Siervo que parece decir ta-fe-tán, ta- fe-tán...🌀



El Telar de do Siervo Espitia, emblema y orgullo de su empresa familiar



TALLER DE
ESCRITURA
CREATIVA **LITERARIA**

CAROLINA
SANÍN

26 SÁBADO
JULIO
9 AM - 1 PM
VALOR: \$250.000

©Lina Botero

ORGANIZA: **Conexión**
Zaquencipa
Estamos escribiendo nuestra historia

APOYA: **Relato**
Librería-Centro Cultural

 310 711 4270 - FERNANDO CORDOVEZ



Relato (Centro cultural) - salón "Saberes"
Km1 Vía Arcabuco a 200 mts de Bomberos.
Al lado de Paella de Leyva * Parqueo libre

Manuel Sáenz, maestro de obra y de su propia vida

Por Ana María Echeverri

«A ver, mi nombre es Manuel Antonio Sáenz González, soy natal acá de Villa de Leyva. Yo nací el 31 de mayo de 1970 en el hospital del pueblo. Aunque en esa época había partos en la casa, a mi mamá la llevaron al hospital, de pronto hubo algún problemita... (risas), me imagino que por eso quedé tan bajito (risas)».

Hoy Manuel Sáenz es uno de los maestros de obra con más prestigio en el territorio. Con su inteligencia, su saber adquirido «mirando a los demás», su buen genio, su humor y su paciencia, ha construido más de cien casas. Recuerda con cariño y gratitud a su abuelo materno Bartolomé González, que había dejado las labores del campo y la ganadería, para dedicarse a la construcción: «Cuando yo tenía ocho años, me llevaba a que le ayudara: él construía a la antigua, no utilizaba el cemento para pañetar; utilizaba el estiércol de caballo, arena arcillosa y trabajaba con una teja antigua.

Para pintar iba a la montaña, cogía tierra de unas vetas de colores, la echaba en una caneca, le echaba sal y le echaba penca, rebullía y rebu-



llía, la dejaba ahí un término de tres a cuatro días y con eso pintaba con brochas de fique. Mi abuelo era rígido, era bravo, y cualquier cosa que no le gustaba, lo iba cogiendo a uno de la oreja y le iba diciendo: “Tiene que aprender para que algún día usted se defienda en esta vida”».

Justo Pastor Sáenz, el abuelo paterno de Manuel, era administrador

de una finca donde sembraba diferentes productos que luego llevaba a Moniquirá. «Era arriero de ocho o diez mulas; de aquí para allá llevaba arveja o maíz y de allá para acá traía panela y sal. Él iba a pie, nunca se montaba en una mula, y donde lo cogía la noche, bajaba la carga, quitaba la enjalma, y las mulas, a comer. Al otro día, a las cuatro de la mañana, otra vez a caminar. Eso duraba varios días. Él era una persona muy cordial, muy respetuosa y le gustaban muchos los cuentos. Recuerdo uno:

»Por esta loma arriba,
baja un gato dando quejas
que le quitaron el rabo
para persignar a las viejas (risas)».

Su mujer se llamaba Bernarda Castillo, «ella tenía sus frutales ahí en la casa, naranjas, duraznos y vendía también leche, tenía sus vacas, tenía ovejas, vendía lana. Ellos tuvieron nueve hijos y después de tanto trabajar, compraron una finca bonita que se llamaba Buenavista; pero luego empezaron a envejecer y decidieron venderla. Hoy en día todo eso está urbanizado».

**Con su inteligencia,
su saber adquirido,
su buen genio, su
humor y su paciencia,
ha construido más de
cien casas.**

Y por el lado de su madre, sus abuelos Bartolomé González y Cleocinda Sierra, eran también campesinos

de pura cepa, «tenían sus vacas, sus ovejas, sus marranos y la huerta con arverja, maíz, cebada, papa, arracacha, calabaza, y también frutales: naranjo, durazno, limón, feijoja. Vendían todo eso los sábados y compraban la sal, la cebolla y lo que les hacía falta. Cuando yo nací, ya tenían su propia finca. El oficio de mi abuelita era ver sus vacas y sacarles la leche para venderla con las cuajadas que hacía. Cultivaba el maíz, hacía sus envueltos, sus arepas, su sopa de mazorca. Ellos nos alcahueteaban y el día de mercado éramos felices porque nos compraban en la panadería unas lenguas enormes con azúcar por ambos lados».

«Yo viví muy apegado a mis abuelos, aprendí de ellos el respeto y la fe en Dios. Son enseñanzas bonitas, también la fe a la Virgen del Carmen. Yo veía por ejemplo que, cuando ellos se enfermaban o se les enfermaba un animal, lo primero que decían era: “Virgen del Carmen, ayúdenos”. Entonces a uno como que le queda eso, porque uno vio cuando ellos pedían y uno sentía como algo verdadero».

A los nueve años, Manuel Sáenz entró a 1º. de primaria en la escuela del pueblo, donde hizo hasta quinto, y luego empezó a trabajar porque «en esos días, para uno entrar al bachillerato, tocaba empezar a pagar y lo que ganaba mi papá era para mercado y vestuario de ellos dos y de los seis hijos». Su papá Pedro Sáenz y su mamá María Cecilia González viven aún y son el eje de la familia. En esa época él era el administrador de la



finca de Gonzalo Canal, donde Manuel, a sus 12 años, tuvo su segundo contacto con la construcción: «El doctor Canal hizo una cabañita y a mí me gustaba ir a chismosear, a ver qué hacían y cómo lo hacían. Ahí yo fui empezando a analizar ese oficio y me fue gustando». Y desde ese momento fue aprendiendo, con su pilera y su agudeza, mirando a los otros. Su papá era ayudante de un maestro, y un buen día «ellos se fueron a echar onces y yo me quedé ahí, cogí una balda de cemento de mezcla y cogí un palustre y me fui a sentar ladrillo. Cuando llegó el señor Francisco, me dijo bravísimo: Si quiere aprender, tiene que comprar su herramienta; con la mía, no trabaja».

De ahí en adelante, la suerte, su inteligencia y su gran intuición lo

fueron acompañando hasta el día de hoy. Su primer oficio fue como ayudante en la construcción de la casa del general Bedoya, y luego le empezaron a salir trabajos y más trabajos, que lo llevaron a convertirse en maestro. «Cuando tenía 19 años, compré mi palustre, mi plomada, mi maceta, mi serrucho, mi escuadra, mi puntero y mi nivel, y empecé a dirigir obras.

La familia ha sido el eje de su vida siempre. Hoy Manuel Sáenz se siente satisfecho con lo vivido.

No sabía leer los planos. Entonces me hice una mesita con dos tablas,

los ponía encima, y por la noche cogía mi metro y empezaba a acotar, iba entendiendo cómo era la jugada. Así aprendí, sin estudiar, sin nadie que me dijera “esto se hace así”. Sólo con intuición».

«Cuando tenía 19 años, compré mi palustre, mi plomada, mi maceta, mi serrucho, mi escuadra, mi puntero y mi nivel, y empecé a dirigir obras».

A los 24 años, Manuelito decidió seguir el consejo de su abuela Cleocinda: «Forme un hogar, mijito, todo está cambiando mucho, quién sabe

qué más van a ver en este planeta. Sea juicioso, aproveche la vida. Esta vida es un paso, hay que vivirla bien». Cuando conoció a Yasmit Martínez a sus 24 años, sintió que era la mujer que estaba esperando, se casaron y tuvieron tres hijos: Manuel Felipe estudió Ingeniería, y después de hacer una maestría, se fue de viaje a la India; ahora vive en Canadá. Camila siguió sus pasos y es arquitecta, y Duván Antonio estudia Diseño de Interacción en Tunja.

La familia ha sido el eje de su vida siempre. Hoy Manuel Sáenz se siente satisfecho con lo vivido: «Mi orgullo es dejarlos bien. En cualquier momento que mi Dios pase a recoger, me voy contento porque dejé huellas». 🌀



De izquierda a derecha Camila hija, Yasmit esposa, Manuel Felipe hijo, Manuel Sáenz y Duván Antonio.

Jesús, jardinero

Por Fernando Baena Vejarano

La vida de Jesús encarna el trabajo incansable, la honestidad boyacense y una profunda pertenencia a la tierra. Empuje, trabajo duro y tesón. De eso están hechas sus manos duras, callosas, que han echado pala y manejado guadaña por décadas.

Profesa cuidar la naturaleza, no deforestar las orillas de las quebradas y sembrar árboles para proteger el agua.

Se ruboriza mientras lo grabo y le saco fotos en mi biblioteca. Me cuenta que se casó joven, a los 23 años, y sacó adelante a sus nueve hijos, cinco varones y cuatro mujeres. Ya les ha repartido tierra, reservándose una parte. Tiene entre 12 y 13 nietos. Nacido en la vereda Sabana, Jesús tuvo una infancia marcada por la ausencia de su madre, quedando huérfano a los dos años. Su padre se encargó de formarlo, enseñándole las labores del campo. Con la típica dureza de crianza de mediados del siglo XX en los campos colombianos, también le enseñó a valerse por sí mismo, a lavar, remendar y cocinar.



Su camino en la jardinería comenzó cuando llegó a trabajar con el sacerdote católico Eugenio Mejía Maya en el hotel El Duruelo, que le «echó el ojo», y lo hizo devolverse de Santander. Tenía 21 años cuando obtuvo su cédula en ese tiempo, y fue el mismo religioso carmelita quien le enseñó el oficio. Al principio, ganaba 12 pesos a la semana. El padre Eugenio le dijo: «Póngale bien cuidado a lo que yo le explico. Se va a quedar de jardinero aquí». Y así fue.

Se encariñó rápidamente con las plantas. Con los años se hizo célebre. Llegó a ser considerado un jardinero sin rivales. Su habilidad la adquirió como se debe: con la práctica. Entre las flores que más le gustan se encuentran principias,

achiras, gazanias, zarcillejos, lavanda y buganvillas. Las begonias, en cambio, no le gustan para la región por ser muy delicadas y propensas a enfermedades. Por semilla o por esqueje, es un mago propagando plantas. Sus rosales son insuperables.

**Se hizo célebre.
Llegó a ser
considerado un
jardinero sin
rivales. Su habilidad
la adquirió como
se debe: con la
práctica.**

Sembrar una planta y verla responder, ver cómo le agradece y corresponde, le genera una alegría inmensa. Pero sus saberes no se los enseña a cualquiera, solo a sus hijos. Sus hijos aprendieron bien el oficio y lo ejercen. Inclusive un nieto suyo trabaja en El Duruelo. También ha sido agricultor y ganadero. Siembra papa, maíz, haba, fríjol y alverja en su finquita. Lo del ganado es una tradición heredada de su padre. Su día a día se distribuye entre sus trabajos de jardinería por contrato y las labores en su finca. A pesar de estar pensionado desde hace unos 15 años, hoy, a la edad de 75 años, no descansa ni los domingos. Le da angustia estar sin hacer nada. Se ríe contando lo de su apodo: siempre necesita estar haciendo algo o subiéndose a su moto, que lleva más de cincuenta años manejando, cargado con múltiples



mochilas que le han valido el apodo de «chuchomaletas». En ellas lleva desde el almuerzo y herramientas hasta una capa para la lluvia. Es cuidadoso, nunca se ha accidentado: siempre va despacio en la moto y si ha tomado cerveza, prefiere llamar a sus hijos para que lo lleven a casa. También es conocido en la región por su integridad, como un buen nativo del signo Virgo. En la vereda Cardonal ha sido fiscal, porque le indigna cuando las cosas no se hacen con honradez y transparencia. Su postura firme le ha generado enemistades a veces, pero insiste en que ese es el precio de la rectitud.

Es crítico, no traga entero, y fue uno de los estudiantes más brillantes cuando de niño fue a la escuela. Le molestan los problemas que traen algunas personas «de afuera», cuando compran tierras. Opina que se vuelven muy quisquillosos:

no toleran ruidos que son tradición, como gallinas o perros; hacen líos con temas de linderos y llegan con un sentido exacerbado de «esto es mío». Critica que, si bien al principio pueden hacer carita de gente muy querida, después «se les crece el enano» y muestran actitudes clasistas. Y traen como administradores de sus fincas «malos elementos para la región», desde otras partes, que dañan la vida sana de antaño.

Le duele que la gente venda las tierras heredadas por las generaciones anteriores, tentados por la plata. Advierte que la plata «no es todo» y se va, mientras que «la tierra está firme ahí». Considera que la venta masiva ha llevado a que las tierras sean acaparadas, lo que dificulta la siembra y contribuye a la escasez de comida. Describe con nostalgia la Huerta de San Isidro, una tradición anual en octubre donde la comunidad donaba sus cosechas (animales, maíz, arracachas, etc.) a la iglesia. Estas donaciones se remataban en la plaza principal, y el dinero se usaba para cubrir los gastos de la fiesta de San Isidro, incluyendo pólvora y rifas. Antes, una huerta valía millones, pero ahora la tradición se ha debilitado.

Afirma que el agua es un don de Dios que debería ser equitativo, no un negocio para los que administran. Si el agua viene de las montañas, donde la ha puesto Dios, ¿por qué se apropian de ella?

Profesa —pero no de palabra, sino con hechos— cuidar la naturaleza, no deforestar las orillas de las

quebradas y sembrar árboles para proteger el agua. Saber elegir a los amigos, ya que algunos solo están presentes mientras hay dinero o salud. A los hijos y a la juventud, les manda decir que ahorren para la vejez. Y aclara: depender totalmente del Estado sería una «alcahuetería».

Crear bellos jardines no es solo su oficio, es la metáfora que lo describe en todo sentido. Sembrar y ver florecer: a eso vinimos todos. Pero en su caso define cada uno de sus actos. Comprendí su amor por la vida cuando le pregunté por el significado del verbo «pelechar».

Me respondió: «Es lo que yo hago, don Fernando. Sembrar y ver si lo que siembro, pelecha. A veces sí, a veces no, pero lo intento. Y ahí voy teniendo mis frutos. Mire no más mis vaquitas, ahí pastando. Y mis hijos y mis matas y mis huertas y mis jardines. Es lo que me gusta. Ir dejando por todas partes vidas que peleen, aunque yo ya me haya ido». ☺



Paella[®] de Leyva



PIDE TUS PAELLAS PARA COMPARTIR EN CASA
O VISITA NUESTRO RESTAURANTE

 313 380 3325 - paelladeleyva.com



Ser hombre, entre el nombre y la herida

Por **Mónica Perea Esparragoza**

Una de las primeras asociaciones que tuve con la palabra padre no fue la que aludía al nombre de mi progenitor —a él se le decía papá, con esa ingenuidad de quien usa el lenguaje como un préstamo, porque no ha sido aún su creación—, sino a la figura sagrada, cuyo nombre era Dios. Tres vocablos que tenían en común una condición que parecía natural: ser hombres.

Podría comenzar también desde otro punto, quizá más íntimo: darme cuenta, en algún lugar difuso de la infancia, de que no era hombre. No en el sentido anatómico, sino en ese otro que no siempre comprendemos durante la niñez: el de no pertenecer al género que parecía tener las características «sobresalientes». Ellos eran los fuertes, los visibles, los llamados a liderar. A nosotras nos era concedido el silencio y la discreción. Afortunadas por todo lo que un estado de reposo mental desencadena en el cerebro, pero en contra de la femenina urgencia de narrar.

La palabra hombre nunca me ha parecido libre. Casi ninguna palabra lo es, pero esta —en particular— arrastra siglos de representaciones que la hicieron sinónima de



lo normativo. De lo adecuado. Y, sin embargo, ¿qué quería decir eso, lo adecuado?

El hombre era quien cazaba y, por tanto, alimentaba. Quien sabía defenderse y proteger. Se decía que era fuerte, que era hábil, que era el que salía al mundo, mientras ella se quedaba, guardaba, sostenía desde lo invisible. Él aprendía el lenguaje público; ella, el privado. Él mostraba, ella velaba. Y en esta danza, en vez de notar lo complementario, se empezó a subrayar lo opuesto.

Estoy, claro, generalizando. Porque la singularidad del término hombre, en esta descripción, deja de lado la rica pluralidad de cada ser

humano. Pero ese es precisamente el punto: que la palabra hombre fue convertida en arquetipo. Igual que mujer. Se reglamentó. Se le exigió a él que fuese hábil, competente, valiente, proveedor. Y cuando no lo fue —cuando no podía serlo— cuando no deseaba serlo— aparecieron los desajustes. Las torpezas. La violencia.

La emocionalidad reprimida se volvió furia. Y esa furia fue legitimada como rasgo viril.

**Qué contradicción:
lo que deben ser
no los representa,
pero, al mismo
tiempo, no
parecerlo también
desalienta.**

La vehemencia, la beligerancia, la distancia: en ellos no desentonaban y se consideraban muestra de su inteligencia. Lo neurótico, en ellos, obedecía —justamente— a eso: la supremacía de las neuronas. En nosotras, era apenas señal de histeria: la cualidad de tener útero, que —más que vital de la vida—, se asociaba al desequilibrio. De nuevo, tildar a uno como deficiente y a otro como suficiente para no ver la diferencia y el engranaje.

Para muchas de nosotras, entonces, el hombre se volvió sinónimo de autoridad... y, con frecuencia, de temor, de prevención, de lejanía. No necesariamente por lo que cada uno fue, sino por lo que la palabra

impuso. El daño no venía sólo de la persona, sino del molde.

De ahí que se me quedara grabada una frase que leí hace muchos años, atribuida a Hermann Hesse: «La eterna enemistad entre hombres y mujeres». Y quién pensaría que esta misma distancia —que los hacía a ellos difíciles— terminaría haciendo mella, en algunas personas, en su relación con lo sagrado. Y podría desatar un tiempo de guerras, deterioro y odio, cuyo marco suele ser una crisis de fe.

Quiero volver al título de padre aquí, porque lo siento inevitable. Durante mi niñez, esa era la palabra que se usaba también para Dios. Y para quienes no tuvimos una figura paterna edificante —porque a esos hombres también los desfiguraron las exigencias—, la relación con lo espiritual se contaminó. El padre terreno, disfuncional o ausente, proyectó su sombra sobre el padre celeste. Y así, lo divino se volvió sospechoso, incluso doloroso.

Porque no se trataba sólo de fe, sino de lenguaje. Padre, en boca de algunos, sonaba a mandato. A castigo. A furia contenida. A un dios del Antiguo Testamento que, más que amar, amenazaba. A dioses griegos poderosos y violentos, llenos de orgullo y de heridas, también ellos víctimas de su propio rol.

Así, la palabra hombre se volvió, para mí, una grieta. No tanto por lo que negaba, sino por lo que escondía. Porque en su afirmación parecía decir, sin decirlo, que mujer era

lo otro. Lo que no era. Lo menor. Y, por tanto, no éramos cómplices, sino desacordes.

Y, sin embargo, entre varios hombres que conozco, hay bondad. Hay ternura. Hay una generosidad que desarma. Hay caballerosidad, con y sin galanteo; humor sin daño; afecto sin imposición. Pero esas cualidades parecen relegadas al mundo íntimo. En lo público, a veces, emerge un deseo de competencia o un aislamiento apático en ellos.

Lo curioso no es que esas virtudes no existan, sino que hayan tenido que pedir permiso para manifestarse.

Aquí, en esta tierra campesina y boyacense, volví a sentir el peso de la figura masculina. Del pater familias, ese hombre que no gusta de hablar con mujeres que no son de su «manada» y deja sentir la distancia. Así como encontré, en otros muchos —hijos adoptados por este territorio—, el alma sensible, el haber de puesto la armadura del guerrero y mostrarse más auténticos.

Muchos hombres maduros con los que dialogo —y el hombre con quien convivo— tienen aspectos de su luz bastante ocultos para sus congéneres. Como si no quisieran que esos destellos brillaran. Como si se hubieran eclipsado tras la convertida palabra hombre.

No se parecen al molde, no les gusta el molde... y eso puede hacerlos sentir menos viriles. Qué contradicción: lo que deben ser no los re-

presenta, pero, al mismo tiempo, no parecerlo también desalienta.

Esta breve reflexión nace del deseo de mirar de frente el peso de las palabras. En especial, de una: hombre. Una palabra que, en su desgaste, ya no invita a pensar, sino que impone. No nombra al ser, sino al molde; no abre preguntas, sino que repite un gesto. En ella, siento una crisis de sentido: más que puente hacia lo humano, se ha vuelto máscara, esotérico, piedra cerrada.

Lo neurótico, en ellos, obedecía a la supremacía de las neuronas.

En nosotras, era apenas señal de historia.

Quisiera ver cómo en sus pliegues resiste —o se oculta— un contenido político y público que alcanza incluso nuestra forma de tocar lo invisible, de rozar lo sagrado. Porque en hombre se cuele, muchas veces, la sombra del padre colérico, el que castiga desde lo alto sin haber bajado nunca a habitarse. Desde allí gobierna, pero no se conoce. Y así, esa palabra —tan cargada, tan dicha— nos aleja de la ternura de lo esencial. En ocasiones hasta de la amabilidad. Ese nombre lleno de ausencias. Ese nombre que, más que concepto cerrado, ha terminado por ser una herida viva. Una que, tal vez, pueda estar llamada a sanar. 🌀

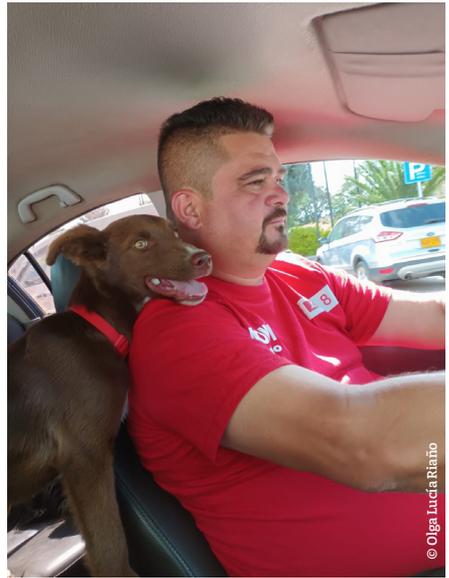
Mompita, el concejal compasivo

Por Olga Lucía Riaño

«Hace siete años se me dio una segunda oportunidad en la vida. Me dijo Dios: “Bueno, gordo, lo dejo aquí, pero póngase las pilas a ver qué va a hacer”». Fue un momento determinante para la vida de Víctor Alvarado Muñoz, concejal de Sutamarchán, a quien nadie conoce por su nombre, pues el pueblo entero, con cariño, le dice Mompita. Este hombre grandote y bonachón no debe su popularidad a la participación política o por pertenecer al Concejo Municipal; se ha ganado el cariño de la gente por sus acciones compasivas, en el mejor sentido del término: empatía y capacidad para comprender la situación de los diferentes seres vivos que conformamos el mundo.

«Tomé la decisión de dejar una huella aquí en Sutamarchán, una zona donde hay un montoncito de gente honesta, trabajadora, luchadora».

De padre sutamarchense y madre valluna, Mompita, como buen hijo



© Olga Lucía Riaño

de militar, soñó con continuar la carrera de oficial del ejército, pero una lesión en la columna lo impidió. Entonces se fue a trabajar a Barranquilla como investigador de siniestros para aseguradoras, empresas, y en investigaciones privadas. Hace 23 años, su padre, don Víctor Eduardo Alvarado, decidió retornar a Sutamarchán, y radicarse allí con su señora, doña Nubia Muñoz. Mompita eligió unirse a la aventura familiar. Compraron una finca y comenzaron el trabajo agrícola. Sembraron cebolla, papa, tomate..., pero las plagas, el clima y los demás conocidos factores los afectaron sobremanera. Optaron por nuevas

técnicas: «Montamos los primeros invernaderos metálicos para cultivar tomate; prácticamente somos pioneros en eso. Empezamos a trabajar sin perder, un poquito mejor, porque el precio era mejor y las maticas aguantan más; sin embargo, están los intermediarios, que juegan con el agricultor, nos tienen muy golpeados. Esperamos que en un futuro podamos vender nuestros productos directamente a las empresas, porque ellos pagan un poco menos, pero el agricultor recibe más». En 2015 llegó una impresionante sequía y el proyecto se vino a pique. Mompita dejó la parcela y, con su señora, la enfermera Angélica Rivera, se encargaron de un condominio. Dos años después, un inesperado infarto remeció la vida de Mompita y replanteó su vida: «Tomé la decisión de dejar una huella aquí en Sutamarchán, una zona

donde hay un montoncito de gente honesta, trabajadora, luchadora, y empecé a cogerle mucho cariño a los animalitos; entonces creamos el refugio para animalitos y seguimos cultivando tomatito».

Sutamarchán mueve colitas

«En estos momentos tengo 52 perritos rescatados de condición de calle y nos quedan seis gaticos también». Ese dato no refleja el increíble trabajo que Mompita y su señora realizan. Ante cualquier situación que afecte a un animal en Sutamarchán, la indicación, incluso de las autoridades, es clara: llamar a Mompita. Esta acción tiene implicaciones difíciles porque se trata de un voluntariado privado que carece de recursos.

Mompita y su familia tienen otra labor: recogen ropa usada, la arreglan y la ponen bonita. Una vez lista, la donan.

Don Víctor padre y su señora son los principales benefactores del proyecto y destinaron un lote para el refugio; algunos vecinos aportaron tejas y materiales para adecuarlo, y recibe algunas donaciones para comida y gastos veterinarios, pero no son suficientes. El lobbying o cabildeo, en buen español, con las secretarías de Salud es una ardua tarea. Los Peludos de Yayis, de Villa



© Olga Lucía Riaño

de Leyva, han sido un gran apoyo para esta labor que, por desgracia, pocos entienden. Lo que debía ser una política pública, dadas las implicaciones sanitarias y ambientales del tema, brilla por su ausencia. Sin embargo, Sutamarchán Mueve Colitas sobrevive e, incluso, es un orgullo para el municipio. Mompita cuenta divertido que cuando pasa por el parque y hay residentes con visitantes, lo señalan con orgullo y dicen que es el señor que recoge los perritos.

«En estos momentos tengo 52 perritos rescatados de condición de calle y nos quedan seis gaticos también».

Mompita y su familia tienen otra labor: recogen ropa usada, la arreglan y la ponen bonita. Una vez lista, hacen campaña, montan una carpa en el pueblo y la donan, en buenas condiciones, a quien la necesita.

El concejal Víctor Alvarado

«Me lancé la primera vez hace como unos dieciséis años, para colaborarle a un candidato a la Alcaldía, que le hacía falta representación; me convencieron y me metí. Pero es que a mí la política no me gusta; hablan cosas, prometen cosas y no hacen absolutamente nada. En ese tiempo, yo no era animalista; no hacía lo

que hago ahorita. Esta vez tomé la decisión porque mucha gente me lo pidió y vi la posibilidad de ayudar a mis animalitos, a mis perritos, y, obviamente, a la comunidad. Hicimos una buena tarea, incluso se tiene la costumbre de hacer reuniones [proselitismo] con comida y trago; nosotros, con mi esposa, hicimos una caminata de animalitos y un bingo donde rifamos concentrado para los perros; fue una de las mejores reuniones, muy bonita».

Mompita lleva 16 meses en el Concejo y siente que aún no logra muchos de sus propósitos. No entiende la indiferencia ante el asunto animalista: jornadas de esterilización, de vacunación, de salud animal. Pero no desiste. Los habitantes de Suta, por su parte, sí han recibido el mensaje y esa labor constante va calando en busca de la armónica convivencia de todos los seres de la naturaleza. 🌀



Víctor Alvarado Muñoz el día de su posesión como concejal de Sutamarchán. Lo acompañan su sobrina y Deibis Buitrago, presidente de la corporación en ese momento

El campesino raquireño: una vida de labranza y sabiduría

Por **Diego Castañeda**

Mientras la mayoría de los niños del país celebraban su Primera Comunión, en una vereda de Ráquira, un niño se vio forzado por su padre a migrar en busca de trabajo. Llegó a las tierras de los Velosa, donde su primera labor consistió en repartir guarapo a las decenas de labriegos que hacían parte de la hacienda. Han pasado setenta años desde entonces y no ha conocido el descanso, desempeñando todo tipo de tareas agrícolas.

**Puso a producir
muchas tierras
de Ráquira,
a pesar de
no poseer un
pedacito para
su propio
disfrute.**

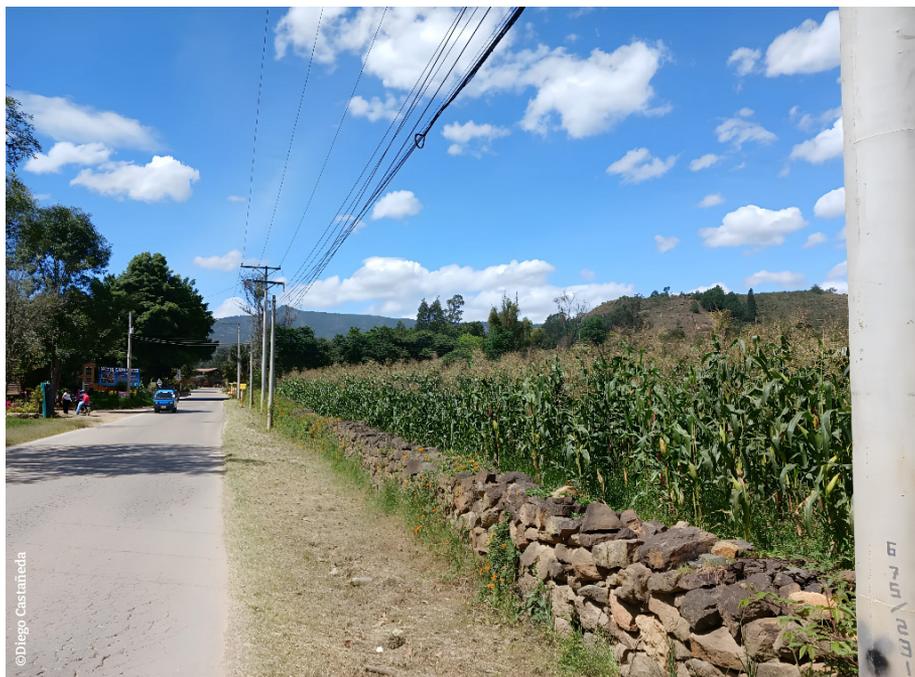
Sebastián es bajo de estatura y de contextura delgada, de pequeños ojos de guerrero y manos fuertes como cortezas de roble. No cree en los «sabios» que dicen adivinar de cosas robadas, ni en brujas que



hagan maleficios. Cree en Dios y en el amor al prójimo y en el cariño de sus cultivos.

Sus colegas lo llaman «Isidro Labrador», español que estuvo al servicio de varios señores terratenientes en el siglo XII y en el siglo XX el papa lo declara como santo patrón de los agricultores.

Trabajó durante décadas, en las extensas fincas de don Velosa, quien lo acogió como su hijo. A su lado, aprendió las técnicas del cultivo de



la caña de azúcar, el maíz y otros productos. Se convirtió en un experto en el manejo de las herramientas y las grandes máquinas que en esa época existieron.

Puso a producir muchas tierras de Ráquira, a pesar de no poseer un pedacito para su propio disfrute. Con ahorros de años y haciéndole el quite a innumerables talanqueras legales y de sus conocidos, logró comprar una pequeña finca en el sector de La Comunidad.

Al fallecer don Velosa, se le liquidaron sus décadas de vida de trabajo con 22 millones de pesos, un dinero que nunca llegó a ver.

Hoy, Sebastián sigue trabajando en su «oficina», como él llama a la finca donde presta sus servicios y cono-

cimientos, localizada en la zona periurbana, rodeada de restaurantes y hoteles al borde de la calle principal que sirve de entrada al casco urbano.

**Como un «principito»,
continúa hablándoles
a las plantas y
preguntándoles
qué quieren ellas
para ese día:
si tienen sed, si
están tristes.**

En este lugar, que considera sagrado, relata cómo los antiguos manejaban el agua, viéndola, igual que él, como un ser vivo con conciencia propia.

Como un «principito», continúa hablando a las plantas y preguntándoles qué quieren para ese día: si tienen sed, si están tristes o si algún amigo insecto perezoso ha venido a molestarlas.

Sobre el famoso cambio climático, dice que es bueno. No así sus vecinos que «le quitan la vida al agua» y no la dejan recorrer sus caminos viejos.

Como buen agricultor, es un guardián de semillas. El maíz que siembra actualmente lo ha custodiado por más de veinte años.

Como buen agricultor, es un guardián de semillas. El maíz que siembra actualmente lo ha custodiado por más de veinte años. Para ello, selecciona las mejores mazorcas cuando aún están en la planta y las cubre para protegerlas de las aves. Además, evita sembrar variedades diferentes una cerca de la otra, para no alterar la genética de su semilla con el entrecruzamiento.

De la música carranguera no quiere saber nada, dice que para eso tiene su guadañadora.

En sus ratos «libres», reforesta para pintar de verde las erosionadas montañas y para que el agua lluvia

pueda rodar con más suavidad hasta la quebrada principal de donde sus plantas le indican tomarla.

Maneja una red de «espacios con sus nodos» que conectan momentos y personas que él solamente puede percibir, tiene el control de la cuenca y es una memoria patrimonial viviente.

Sebastián también se enorgullece de haber levantado uno de los mejores ganados vacunos del territorio, y haberlo vendido exitosamente en Chiquinquirá.

Ahora trabaja solo, desde preparar los surcos para sembrar, definir las distancias horizontales y verticales, los arreglos de semillas, hasta llevar sus productos al mercado. Incluso le prestó su tierra a uno de sus hijos para que siembre tomates en invernadero, una técnica que, según la experiencia de este veterano agricultor, es mucho mejor que a cielo abierto.

Sebastián ha llevado su vida alegremente, sin que nada ni nadie lo desvíe. Podría decirse que ha aprendido del sol, al igual que sus cultivos. Algunos quizá piensen, evocando la última canción del carranguero mayor: «(...) campesinos laboriosos, que por ser tan buena gente, los tienen como los tienen, inmisericordemente».

Las nuevas generaciones no valoran sus conocimientos, pasan raudos en sus vehículos. Él tiene todas las respuestas sobre la agricultura... pero nadie le pregunta. ☺



SETA BURGUER

Hamburguesas vegetarianas hechas con hongos Orellana y una mezcla exótica de ingredientes frescos. Sin químicos, sin conservantes, solo el sabor puro de la naturaleza.



HAMBURGUESA MEDITERRANEA

Una explosión de sabores. Jugosas orellanas, berenjenas asadas, tomates secos y pimientos especiados que transportarán tu paladar al corazón del Mediterráneo.



HAMBURGUESA PRIMAVERA

Déjate sorprender por la frescura de nuestras orellanas, combinadas con la dulzura terrosa de las remolachas rojas y el crujido natural de las zanahorias. Cada bocado está cargado de antioxidantes y vitalidad.



Cada hamburguesa SETA contribuye a un mundo más sostenible. Nuestros ingredientes son cultivados de manera orgánica y procesados de forma natural, sin químicos ni conservantes.

Pruébalas hoy y descubre por qué **lo saludable nunca fue tan delicioso!**



Ordena ahora:  310 786 2265

Disponible en supermercados Aladín

El niño de la bicicleta

Por Claudia Jaramillo

Cuando nací me llamaron Rosendo Rojas Reyes y desde ese día me viene acompañando la erre de Rosa y la erre de risa. Tengo 25 cumplidos, nací en el hospital de Villa de Leyva, mi niñez fue en Gachantivá, por el lado del Cometa, fui a la escuela del Jupal, ahí estudié... Todo era muy bueno.

«Como quise conseguir una bicicleta más grande, trabajé, ahorré y la compré, y así me fui haciendo ciclista y me monté en un sueño».

Desde chiquito somos cuatro hermanos, yo soy el segundo. Mi mamá ha sido una experta en tejer esteras, canastos de junco para los huevos, para pelar el maíz, y nos llevaba con mi papá al monte a buscar el bejuco o el chusque o el guiche, tres cuatro horas caminando, y a todos nos tocaba hacer la tarea: cada uno recogía su atado y vámonos. De regreso, todo era bajada, rodábamos por la hojarasca y ganaba el que primero llegara a la carretera y todos con su pucho volvíamos a la casa de bareque, donde, si vive uno ahí, el bareque está vivo con uno. Se va uno y eso se acaba.



Cuando yo era pequeñito, de cinco años, mi papá me consiguió una bicicleta. Fue un gangazo; entonces inicié a aprender y a montar. Parte de mi infancia fue esa bicicleta: a los 11 años bajaba en ella por la vereda hasta llegar a la escuela; luego, para regresar a la casa era de subida. Al principio me demoraba como veinte minutos, después —cuando tenía bastante nivel— lo hacía en 15 minutos. Ya había terminado la primaria en la escuela, luego en la secundaria, arranco todos los días en la bicicleta para el colegio.

Nunca pensé que yo fuera a correr o que iba a ser ciclista. Para mí la bicicleta era tan solo un medio de transporte y con el tiempo me di cuenta que resulta siendo un deporte y el mismo ejercicio hace que

uno esté en forma. En 2013 hicieron una carrera en Gachantivá y en el colegio me motivaron para ir a intercolegiales en Guitoque, y le dicen a uno: «¡Aaah!, estos chinos son buenos para la bicicleta» y así inicié.

Después de un tiempo hice parte de la escuela de formación de Arcabuco. Entonces ahí ya tenía el apoyo, ya podía ir a carreras a nivel departamental. Ya después, como quise conseguir una bicicleta más grande, trabajé, ahorré y la compré, y así me fui haciendo ciclista y me monté en un sueño. En ella conocí el país por dentro y por fuera. Más tarde mi hermano me ayudó a conseguir una bici en Tunja y con esa ya inicié a montar todos los días. Era de piñón fijo para subidas muy pendientes. Tenía talento, entré a la escuela y luego a un club y ese club sacó un equipo sub 23 ya de profesionales. Siempre estuve entre los mejores seis corredores. Arcabuco ha sido muy importante en ciclismo, Nairo estudiaba allá y se transportaba hasta su casa llegando a Cóbbita.

«Busqué al apicultor y me enseñó cómo hacer los cajones; lo otro fue iniciarlas a rescatar, a coger, que eso fue lo máximo».

La emoción de ir a España le da a uno más fuerza, ser escogido y ser ciclista famoso. Entonces empecé

a tomar en serio el ciclismo, entrenaba más que nunca y cada vez me acercaba más a la meta y a la gloria, como decía Cochise. Quería estar en España, ¡en Europa! Tuve un patrocinador, un ingeniero de vías dueño del equipo. Nos fuimos todo el pelotón: de ahí salen cien, salen cinco, salen tres, o sea, es mínimo porque todo es por talento; o lo otro es porque tenga plata y ya se paga todo lo que quiere. Yo ya había volado en la avioneta del patrocinador, pero llegar a Europa con todo el pelotón era el sueño: no podía fallar, quería estar allá, era de Arcabuco.

La primera vez que fui a España fue mes y medio. Ver las vías pavimentadas donde se entrena sin problema, las vías principales... eso no se ve acá, las vías terciarias, es decir, acá la doble calzada, pero pavimentada y allí no hay carros viejos. La puntualidad, a las 7 y es a las 7. Allá al comienzo todo puede ser muy rico y después de un mes ya no, ya se quiere venir, comen muy condimentado, allí no comen arroz todos los días; en cambio, aquí comemos arroz y pasta todos los días, me hizo mucha falta la sopa de pasta con menudencia, el chorizo de allá es como hostigante, había compañeros que se brotaban. No estamos acostumbrados a las conchitas y a eso de mar, la Coca-Cola es muy cara y Colombiana no se consigue.

Regresé a Colombia y un día llegó la pandemia, el equipo nos canceló, no pude seguir montando, lo que sería la ruina de mi carrera. Entonces, mi hermano, el mayor, me dijo que cómo era eso de las abejas, que

si yo sabía algo y yo no sabía nada. Una vez en la casa vinieron abejas y picaron el ganado y a la gente, nunca las había trabajado. Un día, cerca al río, la retro las alborotó y casi matan todo el ganado, es peligroso. Otra vez la burra con el ruido de los palos las alborotó y salieron y picaron a un tío en la nariz, quedó todo hinchado.

**«Cuando yo era
pequeñito, de cinco
años, mi papá me
consiguió una bicicleta.
Fue un gangazo;
entonces inicié a
aprender y a montar.»**

Un día busqué al apicultor de la vereda y me enseñó cómo hacer los cajones; lo otro fue iniciarlas a rescatar, a coger, que eso fue lo máxi-

mo: como yo no tenía traje, hice uno con una caneca. Les tenía miedo, pero inicié y a donde nos llamaban nos íbamos a rescatarlas. Esto fue en 2020, y en 2023 ya inicié a alistar la caneca para sacar la miel, cuadrarlas, organizarlas, montar los cajones. Al iniciar la floración, como decir en diciembre, y sacar miel en febrero, y como ya se venía marzo con Semana Santa, hice un sello que decía: ROSENDO ROJAS GACHANTIVÁ. Me fui para el plotter, pagué diseñador y empecé a manejar más colmenas: ya sé sus caminos, 5 km a la redonda.

Siempre he tenido una que otra vaquita. La primera la vendí para comprar la bicicleta, ahora tengo cinco: ellas son como mi familia, el equilibrio de vivir está entre las abejas y las vacas y, con mucha disciplina, vivo la vida. ¡Ah!, y con una sonrisa. ☺



©Claudia Jaramillo

Ulises, aserrador desde niño



Por Mariana Guhl

Don Ulises Triana, un hombre de mirada pícara y lleno de historias que atravesan su vida, se dedica a aserrar árboles y a trabajar la madera, entre otros muchos oficios que ha aprendido a lo largo del camino. Astuto y ecuánime, ha sabido capotear situaciones adversas y pasar invicto, por ejemplo, ante las luchas de las fuerzas armadas, la guerrilla y el paramilitarismo. Aunque don Ulises nació en Muzo, Boyacá, puede considerarse uno de los hombres más conocidos y más solicitados en Villa de Leyva y sus alrededores, en virtud de su arriesgado y valioso trabajo, así como de su arrolladora personalidad.

Ulises aprendió a crecer solo, sin gente ni afecto alrededor. «Quedé huérfano de mamá cuando aún chupaba teta. Vivíamos por allá, en una finquita que tenía mi papá en Otanche. Éramos seis de la manada y muchacho que se iba criando, se iba marchando». A eso

de los doce años, sólo quedaron Ulises, su papá y un hermano mayor. Ese hermano fue quien le enseñó el arte de aserrar, cuando apenas tenía diez años. «Como no estudié, me la pasaba a la pata de mi hermano. No había pueblos cerquita, ni conocía nada. No conocía la plata. Pero fui creciendo y a los 15 años, mi hermano me compró mi motosierra». Su hermano era su cómplice, su ejemplo a seguir y con el único que compartía en medio de la selva, ya que su padre era jornalero y trabajaba todo el día.

Su hermano falleció. Ese profundo dolor hizo que Ulises, de quince años, tuviera que convertirse, en un adulto.

Cuenta Ulises que un día, estando solos en la mitad de la selva, se pusieron a aserrar unos árboles muy grandes y uno de ellos cayó sobre su hermano y lo dejó agonizando. El pequeño Ulises temblaba. Llorando, muy asustado y con la necesidad de salvarlo, se echó a su hermano en los hombros y empezó a caminar descalzo por la selva tratando de buscar ayuda. Alcanzó a llevarlo vivo al pueblo más cercano, donde lo mandaron a llamar al cura, y apenas este llegó y lo ungió, su hermano falleció.

Vendió los animales que tenía, dejó su tierra y viajó a Muzo para reconocer su lugar de nacimiento y empezar de nuevo.

A partir de ese momento, todo cambió. Ese profundo dolor hizo que Ulises, de apenas quince años, tuviera que convertirse, por fuerza mayor, en un adulto. Desde entonces empezaron las andanzas, que fueron transcurriendo entre aciertos y desaciertos, entre la ingenuidad y la confianza, el temor, la sobrevivencia, la astucia. Y sobre todo, la resiliencia y las ganas de salir adelante. Sin conocer nada del mundo más allá de la selva, decidió coger sus únicas pertenencias: una grabadora y su motosierra, y arrancar para Puerto Romero, porque, según cuenta, «quería aventurar mi vida».

Analfabeta, pero *abeja*, como él se denomina, y después de haber realizado pequeños trabajos, regresó a la selva, a un pueblo llamado Puerto Pinzón, en Santander, para aserrar en una finca. Ulises duró dos años sin salir de ahí, solo, sin hablar con nadie y sin que le

pagaran. De vez en cuando iba a un pequeño pueblo para surtir sus necesidades, fiadas, cuando no se las había llevado el jefe. Y fue en esas salidas cuando empezó su contacto con los paramilitares y las guerrillas que, poco a poco, se iban tomando la zona. Porque para Ulises la montaña fue su refugio y no le importaba que no le pagaran, porque no pensaba en el dinero. No tenía nada: ni sueños, ni equipaje. Su vida era aserrador y vivir en solitario. Pero como Ulises era un joven protegido por la vida, fueron los paras quienes le enseñaron a transitar con un silencio sabio para no delatar a ningún grupo armado, lo que lo salvó de la muerte muchas veces. Ellos fueron quienes le ayudaron a que el dueño de la finca le pagara lo que le debía. Todo el sueldo de dos años. Y como el señor que lo contrató no le pagó, ellos hicieron que le dejara la finca como parte de pago. En ese momento, Ulises se convirtió en propietario de una tierra a través de un documento y decidió volver por su padre, la mujer de su padre y la mediohermana pequeña. Comenzó a trabajar con su padre, aserrando madera. Ahí empezaron las vacas gordas. Tenían dieciocho trabajadores a su cargo y ya Ulises tuvo una mujer. Era su empleada hasta que, poco a poco, lo conquistó. Después de diez años, el padre se marchó y Ulises se quedó solo nuevamente en la selva, dos años más. Tras la muerte de su padre, poco tiempo después de haberse ido, y una infidelidad por parte de su mujer de ese momento, Ulises volvió a sentir que necesitaba un cambio.

Vendió los animales que tenía, dejó su tierra y viajó a Muzo para reconocer su lugar de nacimiento y empezar de nuevo. Con la paradójica suerte que lo caracteriza, encontró esmeraldas desde el primer día, lo que le dio mucho dinero y lo hizo quedarse siete años más. Más tarde, Ulises decide viajar a Bogotá, pero no aguantó la vida allá y, a los po-

cos días, decide ir a buscar un hermano que tenía en Gachantivá. Lo encontró muy mal y gastó con él sus ahorros. Al año de estar allí, conoció a la que hoy es su mujer. Llegaron hace 31 años y desde ese momento, ha recorrido todos los valles, laderas y montañas que tiene este territorio, pues es conocido como el mejor aserrador de la región. A sus 61 años, continúa trepando árboles, cortando ramas y despejando caminos. Ha tenido más de un accidente, le faltan algunas falanges en los dedos de las manos, pero aun así, nada le queda grande.

Fue en esas salidas cuando empezó su contacto con los paramilitares y las guerrillas que, poco a poco, se iban tomando la zona.

No le gusta usar guantes ni protección, se sube a los árboles con ayuda de una sogas y con una motosierra que se va turnando de mano para poder trepar con gran agilidad. Se le mide a cortar las ramas peligrosas que nadie se atreve a cortar y trepa los troncos como una ardilla que sorprende a cualquiera. Nunca hizo hijos, como dice él, pero su mujer tenía un bebé, y desde entonces él lo reconoce como su hijo legítimo. Además de aserrar, se dedica a sembrar en terrenos que él mismo ha conseguido. También produce artículos de madera y tiene negocios de ganado. Ya sabe hacer su firma y hace sus cuentas con facilidad. Describe su oficio como un arte, hay que saber cómo aserrar: primero se sube al árbol y se va cortando de arriba para abajo, rama por rama. Se necesita paciencia, fuerza y mucho conocimiento para poderlo hacer bien. Por eso, él se destaca en su arte y se ha convertido en maestro de varios aprendices. 🌀



La gallina de los huevos de oro

Por **Fernando Cordovez**

Don Josué, como cariñosamente se le conoce a Josué Guerrero, es una figura entrañable y respetada en Villa de Leyva. Su presencia es sinónimo de amabilidad y generosidad, pues siempre ha estado dispuesto a tender una mano a quienes lo necesitan. A lo largo de los años, Don Josué ha demostrado un profundo amor por su tierra natal, participando activamente en iniciativas comunitarias y colaborando en eventos locales que buscan preservar las tradiciones y el bienestar del municipio.

«A mí me gustaría hablar con la mayoría de los empresarios del turismo, para que entiendan su responsabilidad».

Su espíritu de servicio se refleja en cada gesto y palabra, convirtiéndolo en un referente de solidaridad y compromiso para todos los habitantes de Villa de Leyva. Gracias a su dedicación y calidez humana, Don Josué ha logrado ganarse el cariño y el respeto de la comunidad, que lo reconoce como un verdadero



Don Josué

ejemplo de entrega y vocación por el bien común.

«Bueno, yo soy leyvano de nacimiento. Nací en este humilde pueblo en el año de 1951. Empecé a servirle al pueblo porque en el hospital no había ambulancia. Así, cuando ocurría algo: un accidente, una materna o algo grave, siempre venían a golpearme a la casa. Tenía una camioneta de esas Currier, modelo 55 ó 56, que era de tipo alargada. Echaba sus bancas hacia adelante, le ponía una colchoneta del hospital y metíamos al enfermo allí, ¡y para Tunja! Me quedé sin ese trabajo voluntario cuando llegó la primera ambulancia. Yo no cobraba, pero sí me hacía falta el trabajito», dice entre risas.

«Por allá a principios de los años ochenta, con un grupo de villaleyva-

nos y otros señores conformamos poco a poco un cuerpo de bomberos voluntarios. Sin mucha cosa, sin mucho equipamiento, pero con bastantes ganas de colaborar. Hoy en día el cuerpo de bomberos voluntarios de Villa de Leyva es reconocido por su profesionalismo y su capacidad de respuesta».

Don Josué es testigo y protagonista del desarrollo y crecimiento urbano del municipio ya que, en su oficio de ferretero, es el mayor proveedor de insumos para la construcción local. «He visto crecer a Villa de Leyva. Lo que más me preocupa es que está creciendo sin cuidar lo que le pertenece, sin conservar su valor arquitectónico», comenta con cierta preocupación. «Uno ve que ya están haciendo casas que no tienen nada que ver con Villa de Leyva. La gente cree que ese es el crecimiento, pero yo creo que todavía se puede sostener a Villa de Leyva. A mí me gustaría hablar con la mayoría de los empresarios del turismo, ya que es la actividad económica más grande que tenemos: los hoteleros, los restauranteros y comerciantes, para que entiendan su responsabilidad. Porque aquí hay mucha empresa de turismo, muchos hoteles, pero nadie ha caído en la cuenta de que la gallinita de los huevos de oro se está desplomando, ese es un problema, y yo pienso que Villa Leyva se tiene que cuidar».

Don Josué ve necesaria la unión de los comerciantes, tanto de la industria hotelera, restaurantes y del comercio en general, con la ciudadanía, con miras a crear una

asociación de amigos de Villa de Leyva, para cuidar y apoyar a la administración municipal en el cumplimiento de la normatividad por parte de la comunidad empresarial y de la comunidad en general.

«Desde niño he estado alrededor de la actividad comercial local. Mi padre, un campesino oriundo de Gachantivá Vieja, se vino para Villa de Leyva y ahí donde está hoy en día la panadería de doña Aleja, mi padre puso un almacén de ropa. Esa casa fue nuestra. Fue la primera que hizo papá en el año 1951. Luchó por sacar su almacén adelante, trabajó incansablemente y fue un militar con nosotros, que somos nueve hermanos. Era una persona que nos levantaba a las cinco de la mañana y nos ponía a trabajar a todos. Nos enseñó del comercio».

Don Josué ve necesaria la unión de los comerciantes con la ciudadanía.

Nos despedimos de Don Josué con la sensación de estar en presencia de uno de los hombres que más conoce este territorio. Lo siente y ha sido uno de los principales pilares de desarrollo, siempre consciente de lo que esto implica para el crecimiento urbano y ciudadano. Y el cuidado que se debe tener para que el patrimonio cultural y su actividad comercial no se vean empobrecidos por la inmediatez que puede acabar con la gallinita de los huevos de oro. ☺

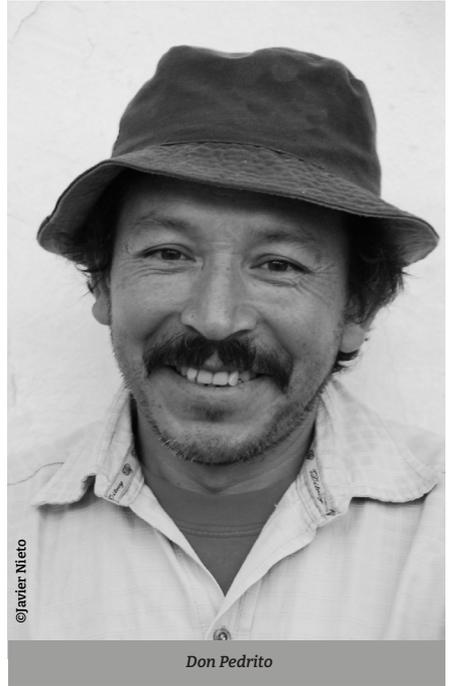
Un poema para don Pedro Julio Parra Fino

Por Jairo Barbosa

El hábil marquetero y artesano de toda la vida, ha trasladado su taller en Villa de Leyva a otras dimensiones, a su memoria y su paz eterna. Un pequeño homenaje a su alma que aún recorre estas galerías que a menudo visitamos, pues cuando vivimos somos seres y cuando morimos almas, en diferentes estados, pero almas, unas degradadas por lo vivido, otras exquisitas, otras tristes, otras aventuras, en fin, y las almas puras y simples, esas que se quedan haciéndonos compañía mientras nos designan el tono de la nuestra. Es una larga historia, la de Pedrito, el marquetero de la Villa, quien con las obras de sus manos recorrió muchos escenarios, fue reconocido y admirado en ferias y eventos artesanales.

Si alguien estuvo presente en la obra de tantos artistas que habitan y habitaron Villa de Leyva, ese fue don Pedro.

Sin embargo, justo ahora, cuando las miradas convergen hacia ese marco diminuto, el de la nave dete-



Don Pedrito

nida, esa del viaje que no tiene retorno, en la que su rostro queda gravitando en la memoria de muchos, viene uno a hacerse preguntas que trae el aire, que toca empezar a armar como él sus marcos, como sus transparentes, presentes y respetuosas miradas, pues si alguien estuvo presente en la obra de tantos artistas que habitan y habitaron Villa de Leyva, ese fue don Pedro, presente en el absoluto sentido de la palabra, cerrando la obra, vistiéndola, enmarcándola en pausada armonía, reposadamente.

Es extraño eso de la muerte
Es como un tasajo en el aire de todos
Un guadañazo
Es arrancar para siempre
Una hoja del calendario
Para fijarla luego en un álbum
Que se irá llenando de cruces
Enmarcadas en silencios
En recuerdos
Y que a la postre
Un día
Alguien
Pondrá la de uno
Y se volverá olvido
Y nadie ya sabrá descifrar
Por qué tanto afán
Para qué tanto empeño
En recordar
Fechas y nombres
Lugares y murmullos.

Queda un marco vacío
Sin mirada que acompañe
Sin ese respeto dedicado
A encontrar el perfecto equilibrio
El ángulo preciso
El contraste exento de protagonismo
Tal como se sentía estar a su lado
Un señor que ocupaba el mínimo de espacio
Y lo llenaba de sí
Discreto
Presente
Elocuente en su silencio.

Se le veía comúnmente en las exposiciones
Tal vez considerando matices
Detallando los ángulos respecto al color o al destello
Viendo en conjunto
Lo que por sus manos
Pasó de uno en uno
De paisaje a retrato
De bodegón a grabado.

Por fortuna tendrá allá
En esa dimensión insondable
Con quién discernir
Sobre el mejor tono
El acabado ideal
La moldura adecuada
Para tal o cual enmarque.

Ansiosos
Sin duda
Estarán allá los artistas
Ávidos de saber
Cómo estuvo la última exposición y podrá decir Don Pedro
Con una sonrisa transparente
Casi angelical:
Me la perdí
Para hacerles compañía
Respetados. 🌀

(27.05.2025)

Colegio Nueva Era: Educar para Comprender y Transformar



Colegio Nueva Era

Actividad musical

En el corazón de Villa de Leyva, donde la historia se respira en cada calle empedrada y las montañas resguardan los secretos del tiempo, florece un proyecto educativo que lleva por nombre Colegio Nueva Era. Más que una institución, es un sueño hecho realidad de Marcela Castelblanco que desde 1998 ha sembrado en cientos de estudiantes la semilla del pensamiento crítico, la conciencia ambiental y el amor por el aprendizaje.

“Educar no es llenar la mente de hechos, sino encender el fuego del entendimiento”.

Su misión se basa en pilares como el respeto, la empatía, la solidaridad y el pensamiento autónomo.



Colegio Nueva Era



Esa idea ha guiado el camino del colegio desde sus primeros días como el jardín “Mundo Encantado”, hasta su consolidación en 2024 como EDUTECH VdL SAS, una estructura educativa sólida que ofrece formación desde preescolar hasta grado 11.

El Colegio Nueva Era ha asumido con fuerza el compromiso con el medio ambiente.

Una misión con sentido

Formar seres humanos íntegros, curiosos, críticos y éticos, comprometidos con su entorno y preparados para un mundo en constante transformación, es el norte de esta institución. Su misión educativa se basa en pilares como el respeto, la empatía, la solidaridad y el pensamiento autónomo.

La Nueva Era entiende que la educación debe ser un viaje hacia el autoconocimiento y la trascendencia. Por eso, promueve la construcción de identidad individual dentro de la comunidad, fomenta el sentido espiritual y celebra la diversidad cultural como expresión legítima del ser.

“La educación es el arma más poderosa que puedes usar para cambiar el mundo”.

Nelson Mandela

El Colegio Nueva Era ha asumido con fuerza el compromiso con el medio ambiente, impulsando hábitos de vida sostenibles y una reflexión permanente sobre el consumo y el cuidado del planeta. Su propuesta se entrelaza con el entorno local, valorando la riqueza patrimonial, arquitectónica, paleontológica e histórica de Villa de Leyva.

Formar ciudadanos del mundo comienza por comprender el territorio que se habita, y encontrar en él, las claves para transformar la realidad.

Un modelo pedagógico que transforma

El colegio adopta el modelo “Educación para la Comprensión” (EpC), nacido en la Universidad de Harvard. Este enfoque se aleja del aprendizaje memorístico y promueve que los estudiantes expliquen, apliquen, critiquen y transformen el conocimiento. Así, los convierte en protagonistas activos de su propio aprendizaje. La EpC, al empoderar al estudiante, le entrega herramientas no solo para aprobar exámenes, sino para afrontar los retos reales de la vida con pensamiento crítico y propósito.



Colegio Nueva Era



Colegio Nueva Era



Colegio Nueva Era



Vacío

Por Juan Camilo Jaramillo

Sucedió en algún momento que nadie pudo precisar con exactitud. Poco a poco fueron saliendo de los recovecos más oscuros y empezaron a meterse por entre los intersticios de aquel país, que nunca había sospechado siquiera la cantidad de bichos, sinrazones y ausencias ocultos tras la apacible apariencia de sus calles. Entonces el sentido empezó a extraviar su forma y el país fue un enorme país vacío.

Recorridos que igual bajaban como subían, sin querer ir, aparentemente, a ninguna parte. La desmesura de una violencia galopante que se fue adueñando de los espacios, haciendo todavía más desolada su ausencia de sentido.

Hombres y mujeres, que antes encontraban el mayor orgullo de sus vidas en ser ciudadanos, descubrieron que otros hombres y mujeres hacían de su ciudadanía motivo de desprestigio. Y ser ciudadano empezó a constituir, también, un espacio vacío.

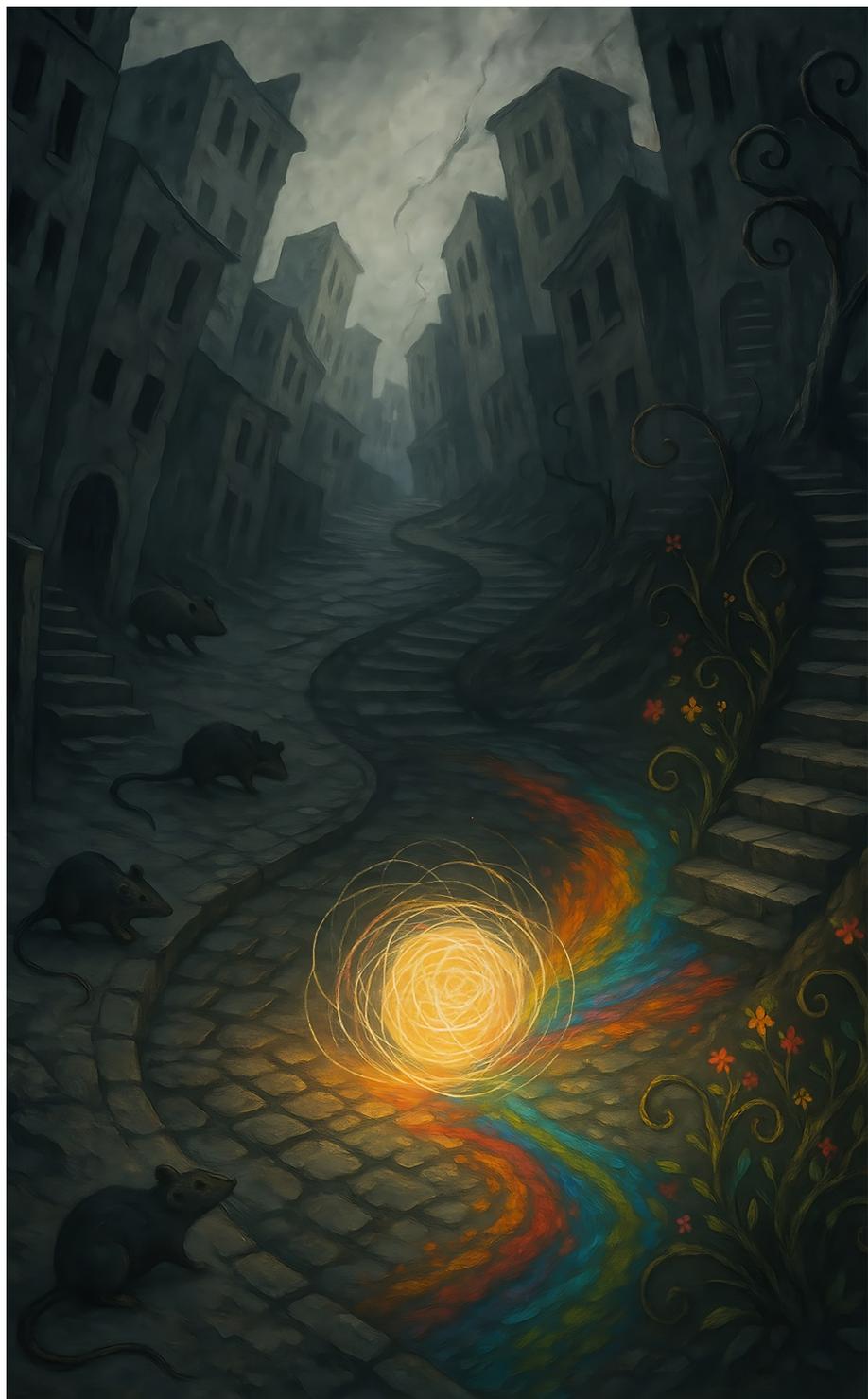
De la mano de los vacíos llegaron las plagas, y colgadas de la cola de las plagas las enfermedades. Pero hubo una en especial que contaminó a casi todos: la indiferencia.

Tal era el cúmulo de dolor provocado por aquel vacío inmenso, que hombres y mujeres quisieron inocularse el mal de la indiferencia para no sentir que padecían aquellos interminables recorridos que bajaban por donde subían y terminaban donde apenas empezaban.

Entonces alguien pensó: —“Sólo recuperar el sentido podrá vencer de nuevo al vacío” —.

Y puso a rodar una pequeña bolita de “hagámoslo juntos”, que estaba hecha con algo de solidaridad, unas briznas de decencia, dos o tres amarradijos de sensatez y recubierta de deseos honestos.

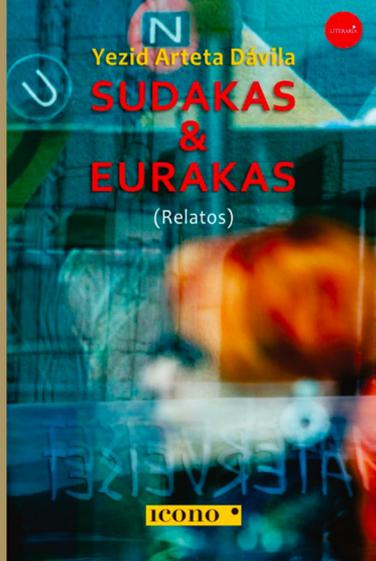
Y la bolita empezó a recorrer escaleras que descendían ascendiendo y a entremeterse en las madrigueras de los bichos hasta hacerlos salir corriendo asediados por la vergüenza, y a devolverle el color a lo que se había vuelto incoloro. Y creció y creció hasta que fue tan grande que lo cubrió todo. (1995)



icono^o
editorial

**CAMINANTE,
NO
HAY
CAMINO.
¡SE
HACE
CAMINO
AL
ANDAR!**

www.iconoeditorial.com



Alfredo Molano

